



de la piedad

al conmemorativo del centenario del nacimiento de una de las pensadoras más famosas de los textos leídos en aquella ocasión firmado por Mercedes Gómez Blesa.

ción de esta forma poética en la que el hombre sabe todavía tratar con "lo otro". De ahí que la defina como "oficio de la piedad", como un sentir que es, al mismo tiempo, un hacer y un conocer.

La tragedia griega, según Zambrano, originariamente, no era concebida como una mera representación teatral de un texto literario. Su significación no se agotaba, como actualmente creemos, en su carácter "estético", de mera obra de arte, sino que transcendía este sentido artístico para significar, ante todo, un "oficio" religioso, próximo a la liturgia y al rito, si bien es verdad, nos advierte la autora, que se trata de un rito sui géneris que no debe ser confundido con los ritos sacrificiales, a pesar de estar cercano a ellos. La principal diferencia entre ambos estriba en que en los ritos sacrificiales se busca configurar y ordenar la realidad hermética que rodea al sujeto, mientras que en la tragedia lo que se busca someter a orden es la realidad misteriosa y enigmática de sus entrañas, ese "misterio" que habita en su interior, ese otro desconocido que está dentro de él y del que teme las acciones más horribles, los crímenes más violentos. La tragedia es el primer modo que tiene el hombre de tratar con ese lado monstruoso y desconocido que es el corazón humano, con ese lado irracional.

Ante esta originaria situación de ocultamiento y enajenación, la tragedia representa el medio a través del cual el hombre va descubriendo, timidamente, su ser. Es el rito por el que va naciendo a través de su sufrimiento, por el que se va desentrañando al exponer, abiertamente, sus padecimientos. La tragedia trae el conocimiento del hombre a través del dolor, a través de ese "conocer padeciendo", que señalaba Sófocles. Procura una primera forma de conciencia del hombre, una conciencia "especial", distinta de esa otra conciencia que ofrece la razón de la filosofía. Es una luz que, al par que procura visión, no ejerce violencia hacia aquello que ilumina, sino que actúa de mediadora entre el hombre y su otro interior. Es una luz piadosa que posibilita la visión de "las razones del corazón que la razón no entiende", como declara Pascal, razones que -advierte Zambrano- "sólo el delirio da a conocer", el delirio hecho expresión en el "nó" de la tragedia.

La tragedia ayuda a nacer al hombre, colabora en la conquista de su espacio, de su soledad, al mismo tiempo que siembra en él la pasión por la luz que dará lugar al nacimiento de la filosofía. De hecho, sin esta primera forma de visión que procura la poesía trágica, la otra visión más plena y violenta de la filosofía no hubiera podido abrirse camino. Zambrano, pues, deriva, dialécticamente, la filosofía de su contraria, la tragedia, un esquema explicativo que ya habíamos visto aplicado al tránsito del orden sagrado al orden divino, como una extraña ley que parece regular el destino de todas las cosas: cada cosa nace de su contraria.

B. La Nueva Piedad

La segunda forma que tiene el hombre de habérselas con la hermética realidad sagrada es la razón filosófica, inaugurada por Tales. Esta razón, a diferencia del logos poético, que suponía un esfuerzo por tratar con "lo otro" del sujeto, sin destruirlo, se caracteriza por una actitud violenta e impositiva que busca reducir la alteridad al espacio del sujeto. La filosofía, en lugar de reconocer la existencia de esa realidad extraña al hombre y buscar la manera de tratar con ella, lleva a cabo una operación más perversa: busca devorarla, reducirla al espacio del pensamiento, y aquello que ofrece resistencia a esta actividad reductora, es denunciado como inexistente, anulado bajo el rótulo del "no-ser". La violencia, por tanto, se constituye en el modo de actuación específico del logos filosófico. Es más, haciendo un verdadero ejercicio de crítica genealógica de la razón occidental, Zambrano sostiene que la filosofía nace de esa violencia, que le permite abrirse paso sobre su contraria, la poesía trágica. Violencia que queda abiertamente manifiesta en la concepción eleática del ser como unidad que ha triunfado en la tradición metafísica. Parménides es el primer gran reductor de la realidad sagrada, pues inaugura un nuevo orden de lo real, el Ser, caracterizado por su inmutabilidad y eternidad, que viene a sustituir a esa realidad originaria. En este nuevo orden fundado por el pensamiento, la resistencia angustiosa de lo sagrado queda superada u ocultada a través del concepto de unidad e identidad. Sólo es real lo homogéneo, lo permanente, lo idéntico a sí mismo, mientras que esa alteridad extraña al sujeto *nesto es*, el mundo heterogéneo y cambiante que lo rodea. Queda apartada y sepultada, considerada como el no-ser. La tradición metafísica se funda, por tanto, según nuestra autora, en una inversión de lo real en la que la auténtica realidad viene a ser sustituida por otra inventada por la acción intelectiva del sujeto lógico.

Esta inversión supone el inicio del "proceso de desacralización", por el que lo sagrado comienza a ser, aparentemente, vencido y reducido a la nada, lo que constituye el verdadero origen, para Zambrano, del nihilismo de la cultura occidental, "pues a medida que el orden sagrado se ha ido retirando, la sociedad se ha instalado en el vacío". Esta desacralización que entraña la acción violenta de la razón filosófica acarrea consecuencias nefastas para el ser humano, ya que viene a pervertir, según la autora, la originaria disposición poética del hombre hacia lo real, viene a desvirtuar, en definitiva, una genuina vocación humana de participación y comunión con esa realidad sagrada. La perversión o inhibición de esta disposición natural supone una escisión entre el hombre y lo real, un desgarro de su "matriz ontológica", determinante del "vacío metafísico", de la falta de ser que experimenta -con gran angustia- el sujeto contemporáneo. La ausencia, por tanto, de fundamento de nuestra cultura la encuentra Zambrano en este modo violento e impositivo de actuación del logos filosófico que la cimenta, una razón que nos arranca y exilia de la realidad.

La nueva religión del Ser que inaugura esta razón, la nueva Piedad, acaba con la Piedad antigua, con el trato con lo sagrado manifestado en la divinidad, pues el Ser parmenídeo viene a iniciar la disolución del orden mítico y a poner punto final a las historias de los dioses relatadas por los viejos poetas. Pero, antes de que esta vieja Piedad desaparezca del todo con Aristóteles, va a vivir un momento de revancha con Sócrates y Platón, puesto que ambos experimentan el conflicto entre la vieja y la nueva Piedad y constituyen un momento de tránsito entre el mundo mítico y el mundo profano. En sus respectivas filosofías, a pesar de engirarse en defensas de la unidad del Ser parmenídea, encontramos aún huellas del trato con lo divino. Zambrano trae a colación dos elementos que vienen a corroborar su tesis: por un lado, destaca la procedencia "divina" que atribuye Sócrates a su sabiduría, una "sabiduría inspirada" por la extraña diosa Diótima, que le ilumina el camino de la verdad; por otro, en Platón, remarca la existencia, en muchos de sus diálogos, de esos hermosos relatos míticos, trenzados con su discurso filosófico. Como vemos, ambos filósofos no han renegado del todo de la vieja Piedad.

La única escuela filosófica de la Antigüedad que presta una solución adecuada a este conflicto entre las dos formas de la Piedad es, según Zambrano, el estoicismo, pues en él la razón se alía con la vieja Piedad para constituirse en una "razón mediadora" que sabe tratar con lo que es ajeno y extraño. Toda la diplomacia romana, fruto de este saber hacer del estoicismo, da cuenta de esta sabiduría fundada en la tolerancia y en el respeto a la alteridad, sabiduría capaz de condescender, incluso, con el lado irracional y pasional del hombre, y ayudarle así a apaciguar el ánimo, agitado por el drama de la existencia.

C. El eclipse de la Piedad

Sin embargo, esta solución pronto se verá quebrada, y la actitud reduccionista del logos filosófico iniciada en el mundo griego se extenderá aún más con el racionalismo cartesiano, en el que el Ser será reducido e identificado, a su vez, como conciencia, como sujeto pensante. Con ello, la realidad sagrada queda definitivamente sepultada bajo el orden lógico del sujeto, y la Piedad, como saber tratar con la alteridad, queda totalmente eclipsada. Ese que, según Zambrano, perdura en el momento presente.

En esta tercera etapa, que coincide con el desarrollo de la Modernidad, el sujeto comienza su andadura en solitario, desligado de cualquier lazo que lo une con la realidad sagrada. Ahora bien, Zambrano interpreta este desgarro de lo real que entraña el logos racionalista como un proceso de ahijalización del hombre, mediante el cual el sujeto, al romper todo vínculo con lo real, queda suspendido sobre el vacío, queda sin fundamento ontológico, en una experiencia trágica de la nada. El reconocimiento de esta negatividad impulsa al hombre a la acción de autoconstituirse en el desarrollo histórico, de buscar su ser y su trascendencia en el progreso de una Historia Universal, tal y como defendía Hegel. Con ello, comienza un largo proceso de "deificación" en el que el hombre busca constituirse en el fundamento del ser, y asumir el papel creador y configurador de sentido, desempeñado hasta ese momento por el Dios cristiano. Quiere independizarse de Dios, pero asumiendo e interiorizando los rasgos de la divinidad, esto es, una existencia independiente que le permite ser el rector de su propia historia:

Era la revelación del hombre. Y al verificarse esta revelación del hombre en el horizonte de la divinidad, el hombre que había absorbido lo divino se creía. Nunca se querió de lo divino. Se deificaba. Mas, al deificarse perdía de vista su condición de individuo [É]. Y así, vino esta divinidad extraña, humana y divina a la vez: la historia divina, mas hecha, al fin, por el hombre con sus acciones y padecimientos.

El ser del hombre, logrado como acción de su pensamiento, quedaba ahora transferido a la Historia, pues esta, al igual que la anterior deidad, es la única que puede conceder el ser, que puede colmar el largo anhelo humano de un proyecto propio. La Historia viene a ser una nueva deidad a la que el hombre, al igual que ocurría con los dioses de la antigua Grecia, sacrifica su vida, a cambio de su ser. La relación del hombre con la Historia reproduce, de este modo, los mismos esquemas de la vieja Piedad, en los que el individuo trataba con lo divino a través del sacrificio:

El hombre -lo humano- venía a servir de alimento a lo divino a través de la historia. Como si el antiguo sacrificio humano de ciertas religiones -tal la azteca- reapareciese bajo otra forma; la acción vendría a ser la misma: ofrecer el corazón y la sangre -metáfora usual de las pasiones- a un dios ahora llamado la Historia.

Se trataba de una nueva religión sin Dios, de una religión de lo humano, en la que el hombre se constituye en obrero de la Historia, en servidor de la misma, servidumbre que es asumida, además con entusiasmo, por ver realizada en el futuro la gran esperanza humana de ser. Este entusiasmo recorre toda la filosofía moderna: el idealismo alemán, el positivismo, el marxismo, el materialismo..., para concluir en Nietzsche. Toda esta filosofía proyectará la vida divina abandonada en el futuro histórico, denominado por Zambrano, irónicamente, como el "Dios desconocido", por desempeñar el mismo papel que el antiguo dios griego al que los atenienses erigieron un altar, un dios en el que vuelven a estar presente la máxima resistencia que encontrábamos en la realidad hermética sagrada. Pues la historia "parece devorarnos con la misma insaciable e indiferente avidez de los ídolos más remotos", volviéndonos, de nuevo, a hacer sentir la nada como la máxima resistencia ante nuestro anhelo de ser, como la máxima manifestación, otra vez, de lo sagrado, eso sagrado que se creía haber eliminado definitivamente en lo divino configurado por el hombre. Esta realidad sagrada vuelve, de nuevo, a manifestarse a través de ese futuro dios desconocido, en ese futuro incierto de la Historia al que sacrificamos nuestra vida. Con ello, el círculo para el hombre occidental parece haberse completado, ya que volvemos al punto de partida, a ese grado de máxima resistencia de lo sagrado, causante del delirio persecutorio, que el ser humano creía haber dejado atrás para siempre.

